



¿ES POSIBLE CONSTRUIR EL SELF EN EL MUNDO CONTEMPORANEO?

Dr. Rafael Patrocinio Alarcón Velandia, MD*

Resumen

Con el surgimiento de la era moderna hacia el Siglo XVI se inicia un proceso de abandono de la coherencia colectiva y social, la cual poco a poco es reemplazada a las fuentes de la individualización del ser humano. El interjuego del mundo objetivo material, con el mundo subjetivo, animista, mágico o lógico, determinarán en los siglos posteriores diversas corrientes del pensamiento y del actuar de los grupos sociales occidentales que a su vez sumergen al individuo en fenómenos que influyen en la construcción de su estructura psíquica, de sus sentimientos y actuaciones.

Abordaré el presente ensayo desde tres perspectivas que se interrelacionan y que son objeto para encontrar la respuesta al título del mismo. Las tres consideraciones se refieren a la conceptualización de la era moderna, la época contemporánea y la construcción del Self.

Palabras claves: Moderno, Contemporáneo, Yo, Self

Summary

With the coming of the modern era into the 17th century a process of abandonment of the collective and social coherence begins, which is slowly replaced at the core of the individualization of humans. The interplay of the objective-material world with the subjective world, animist, magical or logical, will determine in the following centuries the diverse currents of thought and behavior of western social groups that submerge the individual in phenomenon that influence the construction of the psychic structure, of feelings and behaviors.

I will approach this essay from three interrelated perspectives and that are the means to find the answer to the question posed in the title of this essay. The three considerations refer to the conceptualization of the modern era, the contemporary epoch and the construction of the Self.

Keywords: Modern, Contemporary, Ego, Self.

* Médico Psiquiatra, Pontificia Universidad Javeriana; Magister en Salud Pública, Universidad del Valle; Máster en psicogeriatría y demencias, Universidad Autónoma de Barcelona; Estudiante de la Maestría en Literatura, Universidad Tecnológica de Pereira; Profesor Titular Facultad de Ciencias de la Salud, Universidad Tecnológica de Pereira.
alarcon@utp.edu.co

Fecha de recepción: octubre 2010 Fecha de aceptación: enero 2011

CARACTERIZACIÓN DE LA ERA MODERNA

La formación de la “era moderna” se caracterizó por la ruptura progresiva de las estructuras medievales en que el poder del clérigo religioso judeo cristiano y la aristocracia real imponían a la población comportamientos sociales de esclavitud y sometimiento en lo personal, familiar, económico, social y religioso, con la coartación de derechos básicos de libertad, libre expresión y desarrollo económico. El ascenso progresivo de una clase burguesa derivada del capitalismo económico nacido del desarrollo del artesano y de las relaciones comerciales determinaron nuevas estructuras sociales y económicas con una mayor participación del individuo en todo lo tocante a su progreso como miembro de una comunidad o como ser individualizado (1). Nos podríamos preguntar ¿Cuáles han sido las fuentes primordiales para la formación de ese Hombre Moderno? ¿Qué caracteriza a ese Hombre Moderno?

Del Siglo XVI al Siglo XXI los permanentes cambios, conflictos y contradicciones en todas las áreas del pensamiento y de la sociedad han sido una constante, y el progreso no se ha caracterizado por un ascenso lineal, sino al contrario, por altibajos como opinan algunos o en espiral como manifiestan otros. Lo cierto es que, desarrollo y destrucción han estado siempre presentes, uno no ha existido sin lo otro, “cielo e infierno” compartiendo los mismos espacios y

tiempos, y el hombre inmerso como protagonista, de victimario o víctima, aislado o gregario.

¿Podríamos precisar una serie de características que identifiquen a ese hombre moderno? A su vez, ¿Podríamos señalar rasgos esenciales de la modernidad que la caractericen desde su surgimiento hasta nuestros días?

Posiblemente la segunda pregunta tiene una respuesta más sencilla, ya que es evidente la caracterización de la era moderna con la idea de progreso material, la participación política de la mayoría de la población, el desarrollo tecnológico y científico derivado de la sistematización y el ordenamiento del conocimiento. Así como el progreso de la ciudad y el detrimento de lo agrario, de una ética basada en los medios y no en los fines, el desarrollo del capitalismo económico al de imagen, la secularización del pensamiento y la educación, la cultura de “mass-media” e imagen en detrimento de la letrada, la destrucción ecológica del planeta y las grandes barbaries y holocaustos perpetrados con la mirada complaciente e irresponsable de los grupos privilegiados y dominantes en los campos de la cultura, el arte y las ciencias.

Pero, más preocupante aun, es el retorno al oscurantismo, a lo mágico religioso que surge ahora con un poder político y económico capaz de fraguar nuevamente atrocidades

y holocaustos, “volver al infierno subterráneo y en un ascenso en espiral volver la tierra de la superficie un infierno para el ser humano” (2). Caracterizar la era moderna es confrontarse a la contradicción, a lo ambivalente, al progreso y a la destrucción, a “abrir y cerrar puertas de la existencia”. ¿Es posible, entonces, caracterizar al hombre en ese mundo?

Podríamos contestarnos, y en mayúsculas, que NO. Lo que sí podemos hacer es ubicar al hombre en un tiempo determinado de esa era moderna surgida en el siglo XVI. No podemos mirar con el mismo telescopio al hombre en los últimos cinco siglos, pues cada uno de ellos ha tenido unos rasgos particulares de pensamiento y acción, como nos enseña George Steiner. En *El Castillo de Barba Azul*, pasamos del Siglo XIX “*El imaginado jardín de la cultura liberal*” al Siglo XX: “*Los campos de concentración y muerte del Siglo XX, allí donde existen y bajo cualquier régimen, son el infierno vuelto inmanente. Representan el traslado del infierno desde el mundo subterráneo a la superficie de la tierra*” con la barbarie y la destrucción como su característica de lo que se puede hacer con lo humano (3).

CARACTERIZACIÓN DE LA ÉPOCA CONTEMPORÁNEA

Quisiera plasmar, entonces, en cortas líneas el concepto de lo Contemporáneo. Creo que deberíamos en los

momentos actuales de la historia de la humanidad occidental, dirigir nuestra reflexión a la época actual, entendiéndola como la segunda mitad del siglo XX y la primera década del siglo XXI, que podríamos rotularla como *Época Contemporánea*. La pregunta es entonces ¿Qué la caracteriza?

La época contemporánea mantiene algunos de los rasgos de la modernidad ya descritos, sin embargo, han surgido otros que la caracterizan. Un desarrollo tecnológico y científico aún mayor, así como su masificación (comunicaciones, medios audiovisuales, etc.), un incremento de la cultura de la imagen y el sonido, en detrimento de la cultura letrada, un mayor auge de la urbanización vertical (edificios de grandes alturas) con una reducción del espacio habitacional. El surgimiento de una tecnología bárbara en contraposición de lo intelectual (predominio de la teoría mecanicista reduccionista sobre la teoría existencial), una nueva forma de esclavitud comercial y laboral, un peligroso retorno al primitivismo y al pensamiento mágico religioso, que en la época contemporánea goza de poder político y económico. Esta época se caracteriza también por un mayor poder de destrucción a gran escala y la devastación y contaminación ecológica.

Adicionalmente, el hombre contemporáneo pareciera estar en la búsqueda de pensamientos orientales e

indígenas como fuentes de tranquilidad espiritual y de estilos de vida que se tornan contradictorios en una sociedad de consumo. Hay nuevas modalidades de expresión sexual y comportamental, a lo que se le suma la soledad del individuo, su desesperanza, su escepticismo sobre el futuro, el miedo a encontrarse a sí mismo y la huída de sí mismo con estilos de vida degradantes, el uso de psicotóxicos, los actos temerarios y autodestructivos.

La pregunta lógica es entonces, ¿estaremos construyendo, sin darnos cuenta, la verdadera destrucción del ser humano y de la vida en este planeta?

Para algunos teóricos, esta época contemporánea es la identificación de una nueva era. La era de la postmodernidad o la postcultura, nacida de la crisis de la modernidad o del final de ella. Independiente de la discusión inherente a los términos y a sus respaldos conceptuales a favor y en contra, lo cierto es que el ser humano occidental está inmerso en un mundo, que intuyo, no alcanza a comprender por no estar preparado para ello, ya sea porque conscientemente no lo desee o por la ignorancia en que lo envuelve la colectividad superficial e “histérica” actual, o sus miedos.

Veamos, ahora el tercer componente de esta reflexión: el Self y su caracterización.

EL SELF Y SU CARACTERIZACIÓN

Es necesario, a manera de precisión de conceptos, determinar lo que entendemos por el YO y el Self, ya que es común entre escritores y tratadistas que abordan estas áreas, confundir los términos o darles un mismo significado como si fueran sinónimos.

El Yo es una concepción derivada de la teoría de Freud, es un punto de vista estructural y en donde existen unas fuerzas dinámicas (Ello, Yo y Superyó), de formación posterior al Ello, y que cumple con una función catalizadora y plástica entre el Ello y el Superyó, y a su vez con el intercambio de fuerzas con el mundo externo. “Ese Yo está constituido por identificaciones y funciones conscientes e inconscientes” (4).

Se aspira a que el Yo se estructure y madure al confrontar “la realidad” que contrapone a los elementos fantasiosos e imaginarios del ser humano. No siempre ocurre así, y en gran parte ese Yo se ve empequeñecido o absorbido, siendo incapaz de construir una individualización que le permita la conciencia de sí mismo, de sus actos y responsabilidades, y de un manejo de la realidad externa en la que vive y se inserta. En ocasiones es invadido por las fuerzas instintivas del Ello, en forma masiva e indiscriminada, y en otras ocasiones por la “mirada” punitiva, coercitiva y castigadora del Superyó, además del apabullamiento de los fenómenos sociales y culturales.

El Yo se madura con la realidad, según el psicoanalista Mario González Velásquez (5) por medio de tres componentes: *“el primero, es el sentido o prueba con la realidad, en donde se distingue desde niño el conocimiento de su cuerpo del mundo externo; el segundo, es la exploración de la realidad, que es la capacidad del Yo para una valoración y juicio objetivo del mundo externo; el tercero, es la adaptación a la realidad, que es la capacidad del Yo de utilizar los recursos individuales para dar soluciones adecuadas a las necesidades y problemas de la vida”*.

El Yo maduro debe ejercer una capacidad para regular y diferir la descarga inmediata de los deseos y de los instintos del Ello, para asegurar la integridad y la supervivencia del individuo. Para ello debe recurrir en su proceso de formación al establecimiento de un pensamiento formal lógico y de unas funciones ejecutivas. La tolerancia a la frustración y el poder de aplazar las satisfacciones, además del control de la impulsividad, le darán las características a ese Yo individualizado y propio, o sumergido en el Otro colectivo, gregario e histérico.

Como evidenciamos el Yo es una estructura que puede estar al vaivén de otras fuerzas psíquicas y sociales, y bajo estas consideraciones el individuo penetra en las profundidades de la angustia, de las contradicciones, de los infiernos subterráneos para después construirlos en la superficie de la tierra.

De acuerdo a las características de la era contemporánea que planteamos en párrafos anteriores, podríamos preguntarnos ¿Es posible que dicha era contemporánea contribuya a la madurez del Yo? Y si pudiera ¿Ello contribuiría a disminuir o eliminar el sufrimiento del ser humano en su individualización o en su colectividad?

Abordemos el segundo aspecto de este capítulo, que es el referente al Self. No debemos olvidar ni confundir su diferenciación con el Yo. El Self es una estructura que trasciende al Yo, y abarca todo el mundo psíquico del individuo. Según Heinz Kohut (6) el Self es una estructura interna de la mente que se caracteriza por una energía instintiva, que tiene continuidad en el tiempo, es decir, que es duradera. Se alimenta de las estructuras del Ello, Yo y Superyó, y mantiene unas relaciones objetales con el mundo externo.

La constitución del Self depende de tres elementos fundamentales (7): *“el primero, es el polo de las ambiciones, de él emanan los esfuerzos básicos para el poder y el éxito; el segundo, es el polo de los ideales que agrupa los valores e ideales fundamentales; el tercero, es la zona intermedia de las habilidades y destrezas, que contiene los talentos y se activa gracias al arco de tensión que se establece entre los dos primeros, o sea entre el polo de las ambiciones y el de los ideales”*.

Castilla del Pino (8) define al self como “aquella formación mental que le hace a uno ser el que es precisamente por el desempeño diferenciado de roles, y al mismo tiempo, por poseer la reflexividad sobre sí que le hace advertido”. Induce a considerar cuatro tipos de Self:

- El Self erótico: es un lenguaje de ofrecimiento sexual a nuestro o nuestros interlocutores, con modos y maneras de actuación que se transforman en un código de señales sexuales.
- El Self corporal: cuando se afirma una idea del propio cuerpo y se posee una conciencia del mismo que determina cierto tipo de relaciones sociales. Castilla del Pino afirma que el Self corporal se “mueve en el campo de lo estético (bello-feo), en el campo energético (fuerte-débil) y en el campo fisiológico (sano-enfermo)”.
- El Self actitudinal: tiene que ver con el componente moral y ético del individuo, y desde allí la empatía u hostilidad hacia el Otro, con efectos de desarrollar una afectividad verdadera o una agresividad destructiva, mediante la dominación o la sumisión del individuo.
- El Self intelectual: es la estructura superior del sí mismo y que proyecta hacia los otros el dominio y la conciencia del individuo, así como las formas de relación intelectual con el mundo.

Estos tipos de Self no son compartimentos individualizados y aislados el uno del otro, sino por el contrario actúan interrelacionándose de una forma dinámica, lo cual da origen a la “imagen del sí mismo” y determina las características de su presencia y relación con el mundo.

Al mismo tiempo que se está construyendo el Self, éste puede sufrir diversas crisis determinen su “derrumbamiento” con la pérdida de su identidad, su intimidad y su independencia, además del rompimiento de sus relaciones con el mundo, especialmente de tipo erótico y social. La consecuencia inmediata es la soledad, y hacia el futuro es la desesperanza. Se pierde la continuidad en el tiempo del sí mismo.

El Self debe tener “cohesión” para preservar su continuidad en el tiempo y su madurez con respecto a sus estructuras internas y los objetos internalizados del mundo externo (selfobjects), recibidos y adecuados desde la temprana infancia, y así no sucumbir ante estas fuerzas que permanentemente lo están presionando para fragmentarlo o destruirlo.

Un Self maduro tiene cohesión, se distingue por la fortaleza de su estructura evidenciada en el manejo lógico y sano de sus estructuras psíquicas internas, creando una categoría de valores personales que le rigen y perduran en su existencia, que a la vez son sus guías de comportamiento en la construcción de sus

relaciones funcionales y gratificantes con el mundo externo, en donde la agresividad, la barbarie, la destrucción y la violencia no sean ejes de su existencia y el motivo de la misma.

¿ES POSIBLE CONSERVAR O CONSTRUIR UN SELF EN LA ERA CONTEMPORÁNEA?

Es la pregunta objeto de este ensayo, y para contestarla de la manera más reflexiva posible, tuvimos que indicar los aspectos conceptuales sobre la modernidad, lo contemporáneo, el Yo y el Self.

Es evidente que la era contemporánea ha limitado la capacidad del hombre para pensar en Sí Mismo y lo ha apartado de ese mundo letrado, reflexivo, del diálogo consigo, confinándolo a la soledad en medio de las muchedumbres, a una cultura de imagen, y a un mundo cada vez más cerca del infierno, ya no de fuego de calderas y volcanes ardientes, sino de desolación y desesperanza, de la inmediatez de la vida y del uso temerario de la impulsividad cargada de adrenalina, en donde la ausencia de tolerancia a la frustración y la incapacidad de conseguir la satisfacción de sus necesidades y deseos le es cada día más determinante, con un componente fuerte de auto y heterodestrucción de todo aquello que signifique vida, rompiendo sistemas ecológicos a nombre de una pretendida modernidad o civilización inmersa en el consumo de bienes materiales de rápido desecho. Cada vez es más

difícil que el hombre contemporáneo se acerque a la construcción de valores que le permitan avanzar en la búsqueda del paraíso de su existencia terrenal, sin depender de paraísos mágico religiosos y de promesas esotéricas de otras vidas mejores, pues cada vez que cree en ello pone su vida al servicio del Otro, alejándose del Sí Mismo. Su destino será irremediamente su autodestrucción. Como en El Castillo de Barba Azul cerrará la última puerta de su salvación terrenal y se quedará inmerso en la oscuridad de su propio infierno. Como lo anota Antoine Compagnon (9): *“La creencia en el progreso debe ser desmitificada porque, como pensaba Baudelaire, conduce a una decadencia moral”*.

Antoine Compagnon (10) nos induce a pensar que es posible una salvación del ser humano cuando expresa: *“Los antimodernos no serían más que los modernos, los verdaderos modernos, que no se dejan engañar por lo moderno, que están siempre alerta”*, ese estar alerta nos indica que el hombre al intuir y comprender los peligros crecientes de su aislamiento en un mundo de muchedumbres irreflexivas, sumergido en la cultura de imagen y del consumo, puede iniciar un proceso de civilización de lo humano, des-construirse de lo contemporáneo para reconstruirse en un sistema ético de fines loables y no de medios destructivos, que verdaderamente lo caracterice como un ser racional, lógico y afectivo al servicio del Sí Mismo y del Otro.

La propuesta de Antoine Compagnon (11) sirve para cerrar estas ideas: “*Los antimodernos son los modernos en libertad*”.

Ahora bien, y a manera de conclusión, es imperativo pensar si en el campo estricto del movimiento psiquiátrico actual, que gira en torno al reduccionismo y mecanicismo biológico, con un pretendido positivismo pseudocientífico, imponiendo como elementos de estudios manuales de clasificación psicopatológica y protocolos de intervención psicofarmacológica, avalados por los elementos más conservadores y facilistas de las academias y facultades de medicina, alejados de la filosofía que dio origen a nuestra campo médico, se impone la pregunta ¿Estamos contribuyendo a que las nuevas generaciones de psiquiatras opten por el alejamiento de los estudios sociales, filosóficos y humanísticos que le permitan el acercamiento comprensivo al Self de nuestros pacientes en el marco del mundo contemporáneo que vivimos?

Referencias

1. Von Martin A. Sociología del Renacimiento. México: Fondo de Cultura Económica; 1976. P. 19-71.
2. Cruz F. Seminario Modernidad y Postmodernidad. Pereira: Universidad Tecnológica de Pereira; 2010.
3. Steiner G. En El Castillo de Barba Azul. Barcelona: Gedisa; 2001. p. 19, 77.
4. Brainsky S. Manual de psicología y psicopatologías dinámicas. Bogotá: Carlos Valencia Editores; 1986. p. 57-62.
5. González M. La Cohesión del Self. Bogotá: Editora Guadalupe Ltda; 1993. p. 32.
6. Kohut H. Análisis del Self. Buenos Aires: Amorrortu Editores; 1977. p. 14-15.
7. González M. La Cohesión del Self. Bogotá: Editora Guadalupe Ltda; 1993. p. 50-51.
8. Castilla del Pino. Introducción a la psiquiatría: problemas generales de psicopatología. Madrid: Alianza Universidad textos; 1979. p. 142-187.
9. Compagnon A. Los Antimodernos. Barcelona: Editorial Acantilado; 2007. p. 91.
10. Compagnon A. Los Antimodernos. Barcelona: Editorial Acantilado; 2007. p. 12.
11. Compagnon A. Los Antimodernos. Barcelona: Editorial Acantilado; 2007. p. 22.